

Los Cantos de Lorelei

Lur Sotuela

Prólogo de Antonio Colinas



Ilusión

NO HIPNOTICES CON EL PERFIL agotado de tu mirada
el suspiro de lluvia, el gemido alucinado del desierto;
ni cautives con la realidad torva y sus delirios
la ilusión que furiosa resplandece intacta y profunda.

No lo hagas. No finjas ser la sombra que liba su tristeza
en la congoja de tus edades, en el recuento de tus horas
en las que florecen ebrios terciopelos, naves y soles,
argonautas y unicornios que se olvidaron de la luna.

Una araña áurica desteje el misterio en el cristal
para fragmentar el conjuro inverso de las dimensiones.
Endriagos enfurecidos se alejan como una tormenta
mientras el relámpago bruñe de soledad a las efigies.

Tus manos de niño suspiran lo inatrapable
mimando el fulgor de la última espada,
acariciando sus runas arcanas y recónditas,
rozando una luz
donde podrás despertar a lo incomprensible.

En el inmenso monolito se entonan estos sacrilegios.
Los hombres sin tierra extienden sus fronteras,
los himnos alquímicos de imaginación, madrugadas y otoños,
para cantar, Lorelei, el hechizo de existir, para soñar
que se es un hombre sabiendo que ese sueño
no es más que la voz y la palabra de la herida.

Perplejo

ANTE EL FEROS asombro que posee cada instante,
en cada recodo de este despiadado laberinto,
desarrollamos la perplejidad inquieta, la desgarradora condición
que nos hace hombres.

El fragor salvaje del combate late siendo más que un recuerdo,
más que un trueno que nace donde la sombra sueña sus razones.
Siéntelo: los espejos son la tristeza de un héroe que dibuja su
[derrota;
de un hombre que soñó haber sido una vez niño.

Ha crecido el musgo en la incomprensión de los estandartes,
en las oscuras cicatrices, en las leves fronteras;
pero el óxido, paciente, espera tu retorno en el interior del yelmo.

Embriagado de soledad has perdido la espada,
la posibilidad de su luz sesgando la noche, y te has
[vuelto hacia ti
para inventar la desorientada arquitectura de la pérdida,
la forma de los árboles, la danza delirante y tu
[errático camino.

Cuando mides el trayecto de vértice, frontera y ceniza
averiguas que la búsqueda de este objetivo es el abismo,
y que siempre se desvanece la palabra en el asombro
[inextinguible,
en la intensa incertidumbre de saberse vivo.

El minotauro rumia el espanto de estar perdido
y descubre la hermosa perfección de tu extravío
cuando dilatas la mirada para intentar atrapar el paisaje,
pero el horizonte no es más que la máscara de un túnel,
y el instante sólo un círculo.

Cenizas

EL VIGÍA DIBUJA la oscuridad para imaginar
la noche del faro, la negrura que le alza a su sendero,
el azabache eco de tinieblas, proa sombría donde
el aullido no es distancia y se conjuga erróneo
en un trayecto sombrío, sin luz y sin reflejos.
Muérdeme con fuerza, lobo, enloquece, y
mastica el silencio invisible de mis quimeras,
el artefacto que mide el dolor de tanta lágrima
y que configura la navegación errática, la travesía
sin rumbo ni cartografía que me arrastra (irremediable)
hacia el hermoso canto de la nada.
¡Oh astros!, que palpitáis bajo el peso del tiempo,
¡Oh extraños soles!, que ocultos ilumináis lo imposible,
las dimensiones insostenibles de otros paisajes,

la medida de un instante que aún no ha nacido;
desgarradme de luz en lo íntimo y profundo,
olvidadme en sombra más allá de lo propio.

He aprendido, como niño desconsolado, a calcular,
a medir lo interminable de este invierno,
las longitudes y temblores de su frío, de sus certidumbres,
para preguntaros, ciego en el esfuerzo de la noche,
desesperadamente a vosotros, ígneos vigilantes,
cuándo la simetría amarga de vuestra claridad
encontrará en nosotros residencia y espejo.

Golem

LA LLAMADA PLUVIAL te despierta en la oscuridad;
despides una luz espesa de antaño y de mañana,
un fulgor que carece de presente.

Irradiación que germina incierta y salvaje de tus ojos
para robar el sentido a la sustancia de la noche,
en un frenético afán de entender el descontento
y su hermosura.

Llueve transparente desde el azul severo
sobre el paraíso extasiado de otro mundo
donde no te pertenece ni lo bello ni la belleza.
Pero conoces con precisión la alquimia nocturna,
la transfiguración abstracta del ingenioso verbo,
para llamar a través del espejo a nuestro igual,
al golem, que construye el hechizo y tu delirio.

Lo ajeno y lo propio forman parte de la misma realidad,
opuestos que realzan el sentido y desarrollo de la crónica.
Así sueñas el músculo de astro que naufraga en lo inanimado;
la oscuridad que siluetea el hondo movimiento
y roza su grafía contra el pavor de tu párpado,
para inventar en tu mirada el llanto y la quimera,
la voz que olvidará con sigilo el horizonte.

Ladran perros de noche. Campanadas de distancia.
Lo siento en mí al despertarme. Miro el espejo.
La frontera está rota. El cristal vacío.

Divergencia

DESEMBOCAN EN TUS OJOS todos los océanos,
la carrera del lobo bajo la sombra del eclipse.
Confluyen seres de otras épocas, inquietas criaturas de tu
[especie
que inventaron con el instante del fuego
la circunstancia del hombre, la condición que nos humaniza,
para alzarse en su estéril esfuerzo: imperfectos, equívocos
fatalmente únicos.

Te rodea y desnuda la oscuridad, y la espada
no es más que un fulgor en la noche.
Hablas y en tu voz convergen en fuego y olvido
la búsqueda insondable de toda una estirpe
y lo etéreo de una eternidad que en ti concluye.

Luz que mirada estremece, luz que construye
torre y penumbras, luz que ciega paisajes.
Luz que combate en ti por todo y para nada.

¡Oh soledad! Urdimbre frágil de la esperanza,
quizás un rumbo imperceptible, una sutil divergencia
te permita dibujar un nuevo paso, un anhelante
mañana en el que ser otro paradigma,
ser un monstruo distinto bajo el sol,
sea para nosotros suficiente.

Paraíso

ABRE LOS OJOS EL NIÑO. Ha soñado los abismos.
Despierta cuando aún la tierra se confunde con el cielo
y el amanecer cimienta la embriaguez de la realidad.
Escucha el blanco abandono de una luz
que otorga consistencia a la mirada y al horizonte
para que pueda sentir los límites de su cuerpo,
la tibia finitud de un tiempo inasible, de un relámpago
[que se escapa.

Una voz que viaja por la vida de la piedra,
por los siglos detenidos en su abstracta geometría,
le enseña la alquímica palabra; la repite,
pero es demasiado estrecha para hacer sombra,
demasiado dolorosa para poder comprenderla.

Sólo puede aullar el descenso y la amargura,
prometer la comprensión del vértigo.

Construye todavía entre los retazos de oscuridad
el instante único y completo en el que no
existía la herida, y descubre en lo hondo la certeza,
que venimos de la nada y nos espera un vacío,
que el único paraíso es el perdido.

Cerrándolos, aprende a soñar de nuevo,
a escuchar el canto del gigante que me enseñó, llorando,
a ser su igual, su maldito semejante.

Abandonar

ARROJAR SOBRE LA VIOLENTA certidumbre
un puñado de luz, un instante de esperanza.
Después, en la ingrátida levedad concedida,
abandonar el fluctuante resplandor buscando
una llave que no existe, una puerta que has soñado.

Sin saberlo aprendimos el oficio
doloroso de forjador de espadas y de sueños,
de fuegos y voces que se apagarán con el crepúsculo.
Saboreaste ya el conocimiento de la derrota,
la contemplación estéril de ti mismo,
aprendimos, sin saberlo,
a conjugar la soledad, el dolor y el frío.

Para escapar de este fuego que no quema
debes desprenderte del nombre de esta medida,
construir la honda altura de un faro incierto,
y romper el único círculo que confina tus distancias
dilatando los límites para comprender las no significaciones;
y después, sólo después, murmurar:
“El hombre, criatura de noches y tragedias
fraguadas bajo el pálido color de la luna,
no sembrará en su sombra el aroma de más desiertos”.